

Las luchas campesinas en la República Dominicana durante el siglo XX*

Pedro L. San Miguel

A Ramón Mercado, esta historia que es más suya que mía

Resumen

Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre las luchas y los movimientos campesinos en la República Dominicana. El propósito del artículo es trazar las principales líneas de desarrollo de las luchas de las masas campesinas, destacando la diversidad de formas que han asumido a lo largo del presente siglo. No obstante, su énfasis es en los años 1960-1990. Debido al papel central del Estado en la historia contemporánea dominicana, se recalca la importancia de las relaciones del campesinado con el poder central y cómo las mismas han incidido sobre las luchas sociales en el ámbito rural.

Abstract

This work is part of a broader research on peasant struggle and movements in the Dominican Republic. The purpose of this article is to trace the main lines of evolution of the rural masses struggles. In particular, it underscores the diversity of such struggles throughout this century. However, this study emphasizes the period between 1960 and 1990. Because of the central role of the State in Dominican contemporary history, this article underscores the relationships between the peasantry and State power, and how these relationships have affected social struggles in the countryside.

En 1961, tras décadas de férrea dictadura, Rafael L. Trujillo cayó abatido en una emboscada. La muerte del tirano marcó el fin de una época tenebrosa en la historia de la República Dominicana. Gracias a su control del Estado dominicano, Trujillo fue capaz de acumular una riqueza fabulosa. Además, pudo mantener un dominio casi absoluto sobre la sociedad dominicana. A través de la represión, y en ocasiones de la concesión de dádivas a sectores específicos de la sociedad,

*Este ensayo forma parte de una investigación más amplia que realizo actualmente. Deseo agradecer el apoyo recibido de la Fundación Ford, de la Universidad de Puerto Rico (al Decanato de Estudios Graduados e Investigación, al Departamento de Historia, a la Oficina de Rectoría y al Programa Atlántica), así como del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, República Dominicana. En particular, agradezco la acogida que me brindó el equipo de investigaciones rurales del CEUR, al igual que sus comentarios sobre éste y otros trabajos, en especial las sugerencias de Pedro Juan del Rosario y Américo Badillo.

Estudios Latinoamericanos, núm. 8, Nueva Época, año 4, julio-diciembre, 1997.

Trujillo logró mantenerse en el poder por más de treinta años. A pesar de la explotación económica a la que fueron sometidos los campesinos y los obreros, la represión estatal permitía pocos espacios para la expresión del descontento y la disidencia. La dictadura trujillista era una especie de muro de contención que impedía la plena expresión de los intensos conflictos sociales que generaba la misma explotación de las masas dominicanas.¹

A raíz del eventual desmembramiento del régimen trujillista se desató un torrente de conflictos. En primer lugar, surgieron sectores de la burguesía dominicana que, asfixiados por el poder económico de Trujillo, trataron de adueñarse de su emporio. A tales efectos, intentaron apoderarse del aparato estatal; así también impedirían un vacío de poder que pudiese dar paso a una movilización social que pusiese en peligro sus aspiraciones hegemónicas. Por otro lado, la caída de la dictadura permitió el retorno de grupos de exiliados comprometidos con la democratización de la sociedad. Entre los exiliados se encontraban algunos que abogaron por cambios sustanciales en las condiciones económicas y sociales del país.²

En esos años de confusión también aumentó la militancia de los sectores populares. Previo al establecimiento de la dictadura trujillista, se había desarrollado un incipiente movimiento obrero, aunque el carácter eminentemente rural de la sociedad dominicana limitó sus posibilidades de convertirse en una fuerza a nivel nacional. Luego, durante la dictadura, la represión del régimen restringió aún más las posibilidades de desarrollar una acción sindical y política autónoma por parte de la clase obrera.³ A raíz de la caída de la dictadura, hubo grupos de obreros que se movilizaron con el fin de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. No obstante, los remanentes del trujillismo, junto a la precaria organización de los obreros, constriñeron su capacidad de acción independiente.⁴

¹ Ver Jesús de Galíndez, *La Era de Trujillo: un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*, Buenos Aires, 1958; José R. Cordero Michel, *Análisis de la Era de Trujillo*, Santo Domingo, 5ª edición, 1987; Robert D. Crassweller, *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*, Barcelona, 1968; Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura*, Santo Domingo, 1982, y Bernardo Vega, *Control y represión en la dictadura trujillista*, Santo Domingo, 1986.

² Sobre el período posterior a la caída de la dictadura: Piero Gleijeses, *La crisis dominicana*, México, 1985; Roberto Cassá, *Los doce años: contrarrevolución y desarrollismo*, Santo Domingo, 1986; y Departamento de Historia y Antropología, *Veinticinco años de historia dominicana: 1959-1984*, Santo Domingo, 1987.

³ Justino José del Orbe, *Mauricio Báez y la clase obrera*, Santo Domingo, 1981; y Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana (Desde los orígenes hasta 1960)*, Santo Domingo, 1990.

⁴ Rafael Núñez y José Oviedo, "Las luchas de clases en República Dominicana, 1961-1965", en *Realidad Contemporánea*, II, 8-9 (1979): 8-33; Julio de Peña Valdés, *Breve historia del movimiento sindical dominicano*, Santo Domingo, 1978, y Rosario Espinal, "The Dominican Working Class: Labour Control under Trujillo and after", en Malcolm Cross y Gad Heuman (eds.), *Labour in the Caribbean: From Emancipation to Independence*, London, 1988, pp. 176-194.

Por su lado, en la ruralía, a partir de 1961, se desarrollaron movimientos encaminados a mejorar las condiciones económicas y de vida de los grupos campesinos. Tales movimientos y luchas constituyen el foco principal de este estudio. En el mismo se intenta, de manera preliminar, identificar las diversas modalidades de las luchas campesinas. El fin ulterior de la investigación es mostrar cómo los factores culturales se han combinado con los elementos económicos y políticos para definir las diversas formas mediante las cuales los campesinos han expresado sus reivindicaciones. También me interesa explorar algunas de las formas en que las luchas de los campesinos han contribuido a moldear las políticas estatales, sobre todo las referentes a los problemas rurales.

Las luchas campesinas: una síntesis histórica

El campesinado dominicano había participado en las luchas políticas previo al establecimiento de la dictadura de Trujillo.⁵ En el siglo XIX, la presencia política del campesinado se evidenció, sobre todo, en la Revolución de 1857 y durante la Guerra Restauradora (1863-1865). En el primer suceso, los cosecheros de tabaco, aliados a sectores mercantiles del Cibao, se sublevaron en contra del Presidente Buenaventura Báez, quien usó su poder para realizar especulaciones que afectaron los intereses económicos de los primeros.⁶ En el segundo caso, el campesinado, junto a grupos nacionalistas, se enfrentó a las fuerzas españolas que ocuparon Santo Domingo en los años sesenta del siglo pasado.⁷ Entre las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX, las masas rurales participaron de las luchas caudillistas que proliferaron en esos años.⁸ Por seguir el patrón clásico de un líder rural seguido por campesinos, su participación en las mismas ha sido interpretada a base del carisma o de la influencia de los caudillos sobre las masas rurales. Según Pablo Mariñez, el campesinado era "arrastrado a participar" en las luchas regionales y en los levantamientos armados en contra del gobierno en turno.⁹ Así, la resistencia campesina a las fuerzas norteamericanas de ocupación en el noroeste del país, en 1916, es vista

⁵ Ver Pablo Mariñez, *Resistencia campesina, imperialismo y reforma agraria en República Dominicana (1899-1978)*, Santo Domingo, 1984; y Michiel Baud, "The Struggle for Autonomy: Peasant Resistance to Capitalism in the Dominican Republic, 1870-1924", en Cross y Heuman (eds.), *Labour in the Caribbean*, pp. 120-140.

⁶ Mu-Kien A. Sang, *Buenaventura Báez: el caudillo del Sur (1844-1878)*, Santo Domingo, 1991.

⁷ Luis Álvarez, *Dominación colonial y guerra popular (1861-1865)*, Santo Domingo, 1986; Juan Bosch, *La Guerra de la Restauración*, Santo Domingo, 3ª edición, 1984; y Jaime de Jesús Domínguez, *La anexión de la República Dominicana a España*, Santo Domingo, 1979.

⁸ Juan I. Jiménez Grullón, *Sociología política dominicana. 1844-1966*, Santo Domingo, 2 vols., 1982.

⁹ Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, p. 15.

como resultado de la influencia de Desiderio Arias –un caudillo regional– sobre las masas rurales.¹⁰ No obstante, la misma evidencia presentada por los autores que propugnan la tesis del “caudillismo” demuestra una participación más autónoma de los campesinos en las luchas políticas de la época; también demuestra que los campesinos podían incorporarse a las luchas políticas como resultado de los agravios sufridos por parte de los grupos de poder, y no meramente impulsados por los caudillos.¹¹ Además, la literatura sobre los movimientos de base agraria tiende a sugerir una relación más compleja entre el liderato –los denominados caudillos– y las masas rurales. Los campesinos no han sido, en síntesis, meros seguidores de los caudillos; su participación en los movimientos agrarios ha dependido de una intrincada madeja de variables, las que abarcan desde factores económicos hasta razones ideológicas.¹²

En la misma República Dominicana se ha demostrado la existencia de movimientos campesinos que no se ajustan al pie de la letra al modelo del caudillismo. En el Este del país, al menos, se desarrolló una guerrilla rural contra las fuerzas norteamericanas de ocupación (1916-1924) que mantuvo en jaque al ejército por varios años. Tanto el liderato como los combatientes de esta guerrilla provenían del campesinado; la misma fue una respuesta a los desmanes cometidos por los consorcios azucareros y a las afrentas de las tropas de ocupación contra la población.¹³ Por otra parte, en la provincia de San Juan

¹⁰ María Filomena González, *Línea Noroeste: testimonio del patriotismo olvidado*, San Pedro de Macorís, 1985; y “Desiderio Arias y el caudillismo”, en *Estudios Sociales*, xviii, 61, 1985, pp. 29-50.

¹¹ González, *Línea Noroeste*; Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., pp. 21-69; y Manuel Rodríguez Bonilla, *La batalla de la Barranquita*, Santo Domingo, 1987. La interpretación del “caudillismo” también se refleja en la literatura. Como ejemplo, ver la novela de Juan Bosch, *La muñosa*, Santo Domingo, 10ª edición, 1982.

¹² La literatura sobre este tema es abundantísima. Como muestra, ver Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, New York, 1959; Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, 1970; Eric R. Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, New York, 1973; Henry A. Landsberger (ed.), *Latin American Peasant Movements*, Ithaca, 1969; James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven, 1976; Pablo González Casanova (coordinador), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, México, 4 vols., 1984-1985; D.A. Brading (ed.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, 1985; Steve J. Stern (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World: 18th to 20th Centuries*, Madison, 1987; John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, 1988; y Friedrich Katz (compilador), *Revolución, rebelión y revolución: la lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, México, 2 vols., 1990.

¹³ Baud, “Struggle for Autonomy”, pp. 130-131; P. Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., pp. 57-69; Félix Servio Ducoudray, hijo, *Los “gavilleros” del Este: una epopeya calumniada*, Santo Domingo, 1976; Bruce Calder, *El impacto de la intervención: la República Dominicana durante la ocupación norteamericana de 1916-1924*, Santo Domingo, 1989, pp. 169-270; Julie Franks, “The Gavilleros of the East: Social Banditry as Political Practice in the Dominican Republic Sugar Region, 1900-1924”, en *Journal of Historical Sociology*, viii, 2, 1995, pp. 158-181.

de la Maguana, cerca de la frontera con Haití, a principios del siglo XX, se desató un influyente movimiento religioso de base campesina, considerado por algunos autores como de carácter milenarista, que fue perseguido y diezmado por las fuerzas armadas.¹⁴ Este movimiento demuestra, entre otras cosas, la importancia de la religiosidad popular en el desarrollo de un imaginario campesino, fuertemente enraizado en las peculiaridades sociales y culturales de la zona fronteriza. Por tal razón, el olivorismo ha tenido una presencia significativa en dicha región a lo largo del siglo XX. Aunque perseguido y denostado, el olivorismo renació a principios de la década de los sesenta.¹⁵

Los estudiosos de las luchas campesinas en la República Dominicana, al igual que en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, se han concentrado en los movimientos más organizados y formales. Hay, por otro lado, pocos estudios sobre las resistencias más informales y, por lo tanto, menos evidentes. Esto ha producido una distorsión en las percepciones sobre las resistencias campesinas; en términos más generales, también ha provocado distorsiones sobre las relaciones entre "los campesinos y la política".¹⁶ Al pasar desapercibidas determinadas formas de "resistencia cotidiana", o al privilegiar resistencias que han desembocado en revueltas o rebeliones, se ha asumido que los campesinos son entes políticamente pasivos, incapaces, por sí mismos, de enfrentar las medidas estatales. Esta visión es cuestionada por las reacciones del campesinado cibaeco a algunas de las medidas implantadas por las fuerzas norteamericanas de ocupación durante el periodo de 1916-1924. En el Valle del Cibao—una región dominada por la producción mercantil campesina—, surgió una resistencia espontánea a las medidas contributivas del gobierno militar y a sus intentos por establecer un sistema de trabajo forzado en los caminos y carreteras del país. Aunque no llegó a desembocar en un movimiento armado como el del Este, la resistencia del campesinado cibaeco contribuyó a redefinir las medidas estatales. En alguna medida, también contribuyó a acelerar la salida de las fuerzas de ocupación.¹⁷

¹⁴ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., pp. 53-57; Baud, "Struggle for Autonomy", pp. 133-135; Jan Lundius y Mats Lundahl, "Olivorio Mateo: vida y muerte de un dios campesino", en *Estudios Sociales*, xxii, núm. 76, 1989, pp. 3-86; y Jan Lundius, *The Great Power of God in San Juan Valley: Syncretism and Messianism in the Dominican Republic*, Lund, 1995.

¹⁵ Lusitania Martínez, *Palma Sola: opresión y esperanza (Su geografía mítica y social)*, Santo Domingo, 1991; y Juan Manuel García, *La masacre de Palma Sola (Partidos, lucha política y el asesinato del general: 1961-1963)*, Santo Domingo, 1986.

¹⁶ Eric J. Hobsbawm, "Los campesinos y la política", en E. J. Hobsbawm y H. Alavi, *Los campesinos y la política y las clases campesinas y las lealtades primordiales*, Barcelona, 1976, 5-45.

¹⁷ Pedro L. San Miguel, "El Estado y el campesinado en la República Dominicana: el Valle del Cibao, 1900-1960", en *Historia y Sociedad*, iv, 1991, pp. 48-58; y "Exacción estatal y resistencias campesinas en el Cibao durante la ocupación norteamericana de 1916-24", en *Ecos*, Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, núms. 1 y 2, 1993, pp. 77-100.

Aún quedan por estudiarse las formas mediante las cuales el campesinado expresó su descontento con sus condiciones de vida durante el Trujillato. Al respecto, es evidente que el creciente poder del Estado conllevó un aumento en su capacidad de controlar a los sectores campesinos. Este poder se evidenció, sobre todo, en la regulación de los recursos económicos del país, especialmente de la tierra. A través de su programa de reparto de tierras, del aumento del crédito agrícola y del fomento de la producción agraria, el Estado trujillista fue capaz de ampliar su hegemonía sobre el campesinado.¹⁸ Por otro lado, hay indicios de que el régimen trujillista actuó como una fuerza mediadora –combinando las concesiones con la represión– entre los sectores rurales y los demás grupos de la sociedad. Y a pesar de que las medidas del gobierno estaban dirigidas fundamentalmente a aumentar la explotación económica de las masas rurales, no hay duda de que, a veces, las mismas podían beneficiar a los campesinos, sobre todo a los que producían para el mercado.¹⁹ En ocasiones, los campesinos fueron sometidos a intensos procesos de despojo y expoliación. Tal fue el caso, por ejemplo, de los sectores campesinos que fueron expulsados de sus tierras con el fin de aumentar las propiedades del tirano y de sus allegados. En municipios como San Cristóbal, Cotuí, Bonao y Nagua –para mencionar sólo los casos más recordados por la tradición oral– hubo miles de campesinos que fueron despojados de sus tierras durante la tiranía trujillista. De acuerdo a Pablo Mariñez, esta “fase expropiatoria” de la tiranía se manifestó con mayor intensidad entre “fines de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta”.²⁰ Estos años coincidieron con un nuevo impulso de la economía mercantil que se expresó con el surgimiento o con el fortalecimiento de diversas agroindustrias. El resultado fue una nueva oleada de despojos de tierras.²¹ En tales despojos, el terror abierto jugó un papel crucial en forzar la venta de las tierras a precios irrisorios; los más renuentes eran asesinados o encarcelados, utilizando diversos subterfugios.

A pesar de la naturaleza rapaz del régimen trujillista, la represión y el terror

¹⁸ San Miguel, “El Estado y el campesinado...”, *op. cit.*, pp. 58-74; Cassá, *Capitalismo y dictadura*; Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, pp. 73-76; y Orlando Inoa, *Estado y campesinos al inicio de la Era de Trujillo*, Santo Domingo, 1994.

¹⁹ San Miguel, “El Estado y el campesinado...”, *op. cit.*; Orlando Inoa, *Estado y campesinos...*, *op. cit.*; y Pedro L. San Miguel, *Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1930*, San Juan, 1997. En la década de los treinta, en medio de la depresión, el gobierno intentó establecer un “plan de valorización” con el fin de lograr un incremento del precio del tabaco. En gran medida, el gobierno pretendía contrarrestar el dominio de los comerciantes extranjeros sobre la comercialización de las hojas. Sobre este plan, ver Pedro L. San Miguel, “Crisis económica e intervención estatal: el plan de valorización del tabaco en la República Dominicana”, en *Ecos*, Órgano del Instituto de Historia de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, núms. II, 3, 1994, pp. 55-77.

²⁰ Pablo Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, p. 85.

²¹ Pablo Mariñez, *Agroindustria, Estado y clases sociales en la Era de Trujillo (1935-1960)*, Santo Domingo, 1993, pp. 67-127.

fueron eficaces medios para evitar los brotes de oposición de los sectores campesinos. En pocas ocasiones el descontento campesino desembocó en protestas abiertas; cuando así ocurrió, la represión alcanzó niveles insospechados.²² Por tal razón, la oposición del campesinado al régimen trujillista se expresó, mayormente, a través de las resistencias individuales o, a lo sumo, de grupos reducidos: el bandolerismo, el robo y el sabotaje fueron sus manifestaciones más connotadas. En el Cibao, alrededor de la comunidad de Licey, se destacó el fugitivo Enrique Blanco quien burló a las autoridades por años para, finalmente, ser asesinado. Blanco, al igual que figuras similares, ha sobrevivido en la memoria popular como un "ladrón noble" y un "vengador" de las afrentas sufridas por los débiles.²³

En el imaginario popular, las supuestas hazañas de Blanco —a quien se le atribuían poderes mágicos y licantrópicos— han tenido más resonancia que otras formas de resistencia campesina. Así, hasta muy recientemente, poco se sabía, al menos formalmente, sobre la resistencia al trabajo prestatario en las obras públicas. El mismo se originó en los programas del gobierno trujillista por usar al campesinado, masivamente, en la construcción de caminos, carreteras y, sobre todo, canales de riego. Y aunque la capacidad represiva del Estado le permitió movilizar miles de campesinos para tales proyectos, lo cierto es que a veces los campesinos destinados a laborar en los mismos se oponían al trabajo coaccionado.²⁴

Finalmente, para los sectores campesinos vinculados a la producción para el mercado, la lucha se orientó más bien hacia la defensa de sus ingresos. Este tipo de lucha, mucho menos dramática que las espectaculares fugas y golpes de los "bandoleros sociales", o las heroicas guerrillas contra los norteamericanos, ha sido obviada por la historiografía en torno a las resistencias campesinas. No obstante, en regiones como el Cibao, donde el campesinado ha sido un activo participante en la economía de mercado, la misma tiene una historia centenaria. Antes de la década de los treinta, la lucha de los productores de tabaco, café y cacao —los principales cultivos comerciales del campesino dominicano— se volcó

²² Una de tales instancias ocurrió en Nagua, en la costa Este del país, donde el tirano desarrolló grandes plantaciones de arroz que se nutrían de la mano de obra de los presos, en virtual estado de esclavitud, entre los que había muchos campesinos condenados por oponerse a las medidas estatales (Maríñez, *Agroindustria...*, *op. cit.*, pp. 112-113). Este incidente de protesta campesina no ha sido estudiado; la información al respecto debe estar sepultada en archivos de difícil acceso. Debo esta información al historiador Emilio Cordero Michels, quien fue un destacado anti-trujillista.

²³ Utilizo los términos de Eric J. Hobsbawm en *Bandidos*, Barcelona, 1976, pp. 44-82. Sobre Blanco, ver Luis Manuel Patrocinio, *Enrique Blanco: el rebelde solitario*, Santo Domingo, 1971; Emilio Acosta Estrella, *Enrique Blanco: su historia y dramáticas aventuras*, Santo Domingo, 1983; y Luis Arzeno Rodríguez, *Enrique Blanco: ¿Héroe o forajido?*, s. l., 1980.

²⁴ Ver San Miguel, "El Estado y el campesinado...", *op. cit.*; *Los campesinos del Cibao*; e Inoa, *Estado y campesinos*, *op. cit.*

contra los comerciantes, quienes controlaban el financiamiento y la venta de tales productos. Ante los comerciantes, los campesinos trataban de obtener mejores precios por sus productos, al igual que tasas de interés más bajas por los préstamos que recibían de los primeros.²⁵ Con la instauración de la dictadura trujillista, a partir de 1930, las luchas de los campesinos se diversificaron, teniendo que enfrentar tanto a los comerciantes como al Estado. Entre otras cosas, bajo el Trujillato, el Estado aumentó la carga contributiva contra la población, lo que abrió otro frente de resistencia campesina. La lucha por los ingresos, junto a la defensa de la tierra y la fuerza de trabajo, han sido, históricamente, los puntales de la resistencia del pequeño y el mediano productor campesino.

Pero en general, aunque sufrían la represión, y reconocían el carácter autoritario del régimen y hasta su naturaleza depredadora, entre amplios sectores del campesinado se desarrolló una imagen favorable de Trujillo y de su gobierno.²⁶ Dadas las condiciones imperantes, en las que era prácticamente imposible desarrollar una lucha frontal contra los elementos más ominosos del régimen, el descontento campesino se expresó a través del bandolerismo, de la manipulación de los organismos y de los funcionarios estatales y de lo que James C. Scott ha llamado "las armas del débil": la resistencia cotidiana a la explotación.²⁷ Tampoco se debe soslayar que el dictador intentó ganar el favor de las masas rurales. Desde el punto de vista político, el campesinado fue visto como uno de los sostenes del régimen. Para validar tal postura, el gobierno tuvo que hacer concesiones a los grupos campesinos. Aparte de sus implicaciones económicas, los programas de reparto de tierras, el fomento de la agricultura campesina y la mediación estatal entre productores y comerciantes, fueron poderosos agentes en el desarrollo de la hegemonía trujillista sobre el campesinado.

Las contradicciones que caracterizaban a la sociedad rural dominicana adquirieron mayor algidez durante la década de los cincuenta. El despojo masivo, al igual que los efectos erosivos de las fuerzas del mercado sobre la economía campesina, aumentaron la migración del campo a las ciudades.²⁸ Por otro lado, el surgimiento de grupos opositores –tanto internos como externos–, creó el peligro potencial de que el descontento de la población rural extendiese la base política de los disidentes. Por tal razón, hacia fines de la dictadura, se

²⁵ San Miguel, *Los campesinos del Cibao*, op. cit.; y Michiel Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic, 1870-1930*, Knoxville, 1995.

²⁶ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., pp. 91-94; y la antología *La Era de Trujillo: décimas, relatos y testimonios campesinos*, Santo Domingo, 1989.

²⁷ James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, 1985.

²⁸ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., p. 86.

planeaba un nuevo reparto de tierra. Así, en enero de 1960, el mismo Trujillo anunció un "vasto programa" de "distribución" entre los "campesinos carentes de tierra". Este programa se basaría, no en la "expropiación forzosa", sino en la compra de las tierras a sus dueños y en su "cesión gratuita a los campesinos".²⁹ El carácter político de este proyecto fue evidente desde sus inicios. Los epígonos del régimen exaltaron "la manera pacífica como el latifundio desaparece"; de igual forma, consideraban que con el reparto de tierras se mantenía el "equilibrio social", evitando las "luchas sociales".³⁰ En tal sentido, se distinguía de la reforma agraria iniciada por el gobierno revolucionario cubano. Esta última —se alegaba— fomentaba la discordia entre los diversos sectores sociales, además de lesionar los intereses de las clases propietarias.³¹

Habría que estudiar con detenimiento en qué medida los planes de reparto agrario del gobierno trujillista fomentaron la desafección entre los sectores propietarios, temerosos de que sus tierras les fueran "compradas" por el gobierno. De más está decir que dichas compras se realizaban, en muchas ocasiones, a precios subvaluados que equivalían a una confiscación. Además, una parte de las tierras apropiadas por el gobierno para los "repartos" iba a parar a manos de los Trujillo y de su claqué. Es totalmente razonable pensar que el programa agrario del gobierno suponía una nueva oleada de confiscaciones, más o menos veladas y legitimadas, que afectarían tanto a los propietarios medios como a los terratenientes y los hacendados. Por tal razón, es probable que los planes "agraristas" del gobierno trujillista abonasen el descontento entre algunos sectores acomodados de la ruralía dominicana.

Una parcial "nueva época de lucha"

Luego de la caída de la dictadura trujillista, la sociedad dominicana comenzó a sufrir transformaciones radicales. Entre otros fenómenos, aumentó notablemente la población urbana, a la vez que se desarrollaron nuevas actividades económicas.³² Pero el peso de la población rural continuó dictando, en gran

²⁹ "El Presidente anuncia vasto programa para distribución de tierras; 50 mil casas para campesinos", en *El Caribe*, XII, núm. 4306, 8 de febrero, 1960, p. 1.

³⁰ Manuel Valldeperes, "La Reforma Agraria de Trujillo", en *El Caribe*, XII, núm. 4310, 12 de febrero, 1960, pp. 1-2.

³¹ "Editorial. Una auténtica reforma agraria", en *El Caribe*, XII, núm. 4337, 10 de marzo, 1960, p. 5; y "Editorial. Una auténtica reforma agraria", en *El Caribe*, XII, núm. 4354, 27 de marzo, 1960, p. 5.

³² Isis Duarte, *Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo: mercado de trabajo rural y ejército de reserva urbano*, Santo Domingo, 2ª edición, 1980; y Frank Moya Pons, *Empresarios en conflicto: políticas de industrialización y sustitución de importaciones en la República Dominicana*, Santo Domingo, 1992.

medida, la naturaleza de los conflictos sociales en la República Dominicana. Las tensiones acumuladas durante el Trujillato se manifestaron con mayor intensidad a partir de 1961. Según Mariñez, entonces surgieron "las condiciones para que se inaugurase una nueva época de lucha del campesinado"³³ No obstante, sus reacciones a los cambios políticos que se perfilaban fueron variadas. Ocurrieron, en primer lugar, confrontaciones entre grupos de civiles y los "paleros" –versión dominicana de los recientes *attachés* haitianos–. Hubo campesinos que se enfrentaron a los "paleros" en una especie de "revancha" contra algunos de los elementos más conspicuos del aparato represivo trujillista; el odio popular también se volcó contra el "calié" (o chivato).³⁴ En ocasiones, estas expresiones contra la dictadura que se tambaleaba fueron acompañadas por ataques contra los símbolos del régimen, tales como los locales del Partido Dominicano y la iconografía de la tiranía.

Sin embargo, este tipo de expresión del descontento popular fue más común en las áreas urbanas. En las áreas rurales, la "revancha campesina" –término empleado por Fernando Picó en un estudio sobre Puerto Rico–³⁵ se expresó de formas particulares. En aquellas áreas donde se había efectuado una masiva expropiación del campesinado con el fin de crear latifundios, los campesinos se lanzaron a recuperar sus tierras. Así ocurrió, por ejemplo, en algunas partes de la provincia de Puerto Plata, y en los municipios de Cotuí y San Cristóbal. Los campesinos guardaban plena memoria de los desalojos realizados por el tirano y sus allegados, lo que dio pie a que se dispusieran a rescatar las propiedades que habían perdido ellos o sus ancestros. Pero la recuperación de las tierras por los campesinos confrontó una fuerte oposición proveniente de sectores de la "burguesía", de burócratas estatales y de militares, quienes intentaron –y en muchos casos lograron– apoderarse de las propiedades acumuladas por el "grupo Trujillo".³⁶ En unas pocas zonas, los campesinos lograron prevalecer, aprovechándose de las contradicciones que se generaron entre las diversas facciones que pugnaban por el control del Estado. Con todo, la falta de una tradición organizativa autónoma, la represión –que aunque débil en algunos momentos no desapareció del todo– e, inclusive, el peso real que mantuvo la ideología trujillista sobre amplios sectores campesinos, limitaron la capacidad de

³³ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., p. 97.

³⁴ Entrevistas con Ramón Mercado, 4 de octubre, 1º, 2 y 18 de noviembre de 1993. Mercado, quien es presidente de la Central Nacional Campesina (CNC), es uno de los "líderes históricos" del movimiento campesino dominicano, al cual ha estado vinculado desde los años sesenta.

³⁵ Fernando Picó, *1898: la guerra después de la guerra*, Río Piedras, 1987.

³⁶ Entrevistas con Mercado; Mariñez, *Resistencia campesina...*, p. 99; y Archivo de Ramón Mercado (ARM), CNC, "Por la tierra, el pan, la independencia y la libertad", s.f.

movilización de las masas rurales. Además, la lucha por la tierra no fue una reivindicación general del campesinado. En zonas muy importantes, como la provincia de Santiago, los campesinos no padecieron durante la dictadura los niveles de expropiación sufridos en otras regiones del país.³⁷ Por lo tanto, en dichas zonas, el campesinado se mantuvo en un compás de espera; para el campesino propietario (e inclusive para muchos aparceros y arrendatarios) la tierra no constituyó una bandera de lucha.

En los años iniciales de la década de los sesenta, luego de la caída de Trujillo, el movimiento campesino más singular lo constituyó el renacimiento del olivismo en una sección rural de las Matas de Farfán, provincia de San Juan de la Maguana. En la sección de Palma Sola se desató un movimiento "mesiánico" que alcanzó resonancia a nivel nacional.³⁸ Según Lusitania Martínez, este movimiento fue uno de "protesta social y de recuperación de la identidad étnica".³⁹ Para esta autora, el movimiento palmasolista fue resultado de la reciente e intensa penetración de la economía de mercado en la región, caracterizada por el aislamiento y el atraso. Como reacción al cuestionamiento de las solidaridades y de las formas de vida locales, "la necesidad del grupo de afirmarse culturalmente determinó que el tipo de protesta social se tramitara en la simbología religiosa".⁴⁰ Otros factores —como la larga tradición milenarista en esta región de la República Dominicana—⁴¹ contribuyeron al surgimiento de dicho movimiento religioso. Las autoridades, por su parte, mostraron su incapacidad de aceptar esta expresión de religiosidad popular; temerosas de sus implicaciones políticas, asumieron una postura represiva: Palma Sola culminó en un baño de sangre que todavía es recordado en la región.⁴² No en vano Palma Sola demuestra la supervivencia de tradiciones y expresiones de la cultura popular, a pesar de haber sido perseguidas y reprimidas durante el Trujillato. Por tal razón, el movimiento palmasolista es una muestra de una cultura religiosa, propia del campesinado de la zona, que se ha resistido a desaparecer.

El contexto en el que ocurrieron los sucesos de Palma Sola propendía a salidas represivas contra el campesinado. Con la caída de la dictadura trujillista se sucedieron varios gobiernos, entre ellos, el dirigido por Juan Bosch, electo a la presidencia en diciembre de 1962. No obstante, a los pocos meses, Bosch fue derrocado por los militares. Este suceso dio paso al enfrentamiento entre

³⁷ San Miguel, *Los campesinos del Cibao*, *op. cit.*

³⁸ Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, p. 129.

³⁹ Martínez, *Palma Sola...*, *op. cit.*, p. 7.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 15.

⁴¹ Lundius y Lundahl, "Olivorio Mateo".

⁴² Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, pp. 129-133; y García, *La masacre de Palma Sola*.

golpistas y constitucionalistas. La capital se convirtió en el escenario de una guerra civil entre los grupos democráticos y los elementos más recalcitrantes del ejército, apoyados por las tropas de Estados Unidos.⁴³ En esos momentos, en los cuales se dirimía el futuro político del país, el problema agrario recibió escasa atención por parte de los grupos y partidos que se disputaban el poder. Esto fue así a pesar de que desde 1962 se había fundado el Instituto Agrario Dominicano con el fin de implementar una reforma agraria.⁴⁴

No todos los sectores políticos se mantuvieron distanciados del campesinado. Entre los grupos políticos se destacó el Partido Revolucionario Social Cristiano (PRSC), que se lanzó al campo en busca de adhesión. Esta agrupación política, al igual que religiosos(as) de la Iglesia Católica, constituyeron los primeros en vislumbrar la necesidad de crear organizaciones campesinas. Los campesinos, ciertamente, habían creado algunas organizaciones de carácter local y con fines limitados. Por ejemplo, las recuperaciones de tierras que se realizaron a principios de los sesenta requirieron de algún grado de organización. Pero el temor a la represión, la falta de experiencia, la carencia de aliados y la misma precariedad económica de la mayoría de los campesinos, constreñía su capacidad organizativa. La presencia en el campo de sacerdotes católicos que abogaban por su organización, abrió un espacio a los campesinos para crear asociaciones para defender sus intereses. Desde el punto de vista de la Iglesia oficial, este esfuerzo era una estrategia para evitar el surgimiento de tendencias insurgentes y "comunistas" entre el campesinado. No menos cierto es que entre estos religiosos se encontraron algunos que, aunque anticomunistas, sentían una genuina empatía hacia los hombres y las mujeres del campo, además de contar con valiosas experiencias previas en el terreno político y social. En muchas áreas del país, los esfuerzos del PRSC y de la Iglesia Católica culminaron en la fundación de las Ligas Agrarias, agrupadas a nivel nacional en la Federación de Ligas Agrarias Cristianas (FEDELAC). Para cientos de campesinos, la participación en las Ligas Agrarias constituyó una valiosa experiencia organizativa que les abrió nuevas perspectivas hacia la lucha

⁴³ Gleijeses, *La crisis dominicana*; Cassá, *Los doce años*; Jerome Slater, *La intervención americana: los Estados Unidos y la revolución dominicana*, Santo Domingo, 1976; y Abraham F. Lowenthal, *The Dominican Intervention*, Cambridge, Mass., 1972.

⁴⁴ Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, pp. 108-117; CNC, "Por la tierra...", *op. cit.*, pp. 5-6; Adriano Sánchez Roa, *Los despojados de la tierra: 30 años de reforma agraria*, Santo Domingo, 1992, pp. 27-52; Ana Teresa Gutiérrez-San Martín, *Agrarian Reform Policy in the Dominican Republic: Local Organization and Beneficiary Investment Strategies*, Lanham, MD, 1988; y Rosemary Vargas-Lundius, *Peasants in Distress: Poverty and Unemployment in the Dominican Republic*, Lund, 1988, pp. 157-186.

social. Tal fue el caso del dirigente campesino Ramón Mercado, quien se inició en las luchas sociales a través de FEDELAC.⁴⁵

Los campesinos y el Estado: el clientelismo

Antes de la dictadura de Trujillo, el Estado había tenido poca injerencia sobre el campesinado. Durante su régimen, el Estado asumió un doble papel: por un lado, aumentó su capacidad de explotación de las masas rurales; por el otro, ganó legitimidad entre amplios sectores del campesinado gracias al fomento de la agricultura y el reparto de tierras. Es decir, en la medida en que la economía agrícola se comercializaba, los campesinos necesitaban más de los recursos y servicios que brindaban los organismos estatales. Este papel del Estado contribuyó a su legitimación.⁴⁶

Durante el régimen de Joaquín Balaguer, conocido como el "gobierno de los doce años" (1966-1978), se dio un nuevo lustre a esa antigua relación entre el Estado y el campesinado.⁴⁷ Debido a los cambios sociales y políticos que sufrió la República Dominicana a partir de 1961, Balaguer tuvo que forjar una nueva base social para su gobierno. Entre otras cosas, tuvo que enfrentarse a una situación inédita: los campesinos se convirtieron –sobre todo a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta– en una clientela política por la que competían tanto la izquierda como la derecha dominicanas. Entre los sectores de campesinos propietarios o que tenían un acceso más o menos estable a la tierra, el régimen balaguerista logró consolidar su poder gracias al control de los recursos estatales. Estos recursos le permitían al gobierno continuar con el fomento de la agricultura campesina a través del crédito, la distribución de semillas y agro-químicos, y la asesoría técnica a los productores. Entre otros organismos, la Secretaría de Agricultura, el Instituto del Tabaco y el Banco Agrícola jugaron un papel determinante en tal sentido. Como ha señalado Mariñez, en las décadas de los sesenta y los setenta, al calor de los organismos estatales, se fundó una buena cantidad de asociaciones y cooperativas de

⁴⁵ Entrevistas con Mercado; y CNC, "Por la tierra...", *op. cit.*, p. 5. Una de las figuras más importantes en esos años fue el Padre Francisco Guzmán, un sacerdote cubano que luchó en el movimiento anti-batistiano, distanciándose posteriormente del gobierno revolucionario. Muchas personas consideran que el Padre Guzmán fue el primer sacerdote en lanzarse al campo dominicano a organizar a los campesinos. Algunos de estos sacerdotes se distinguieron, años más tarde, por brindar refugio a los perseguidos por el represivo gobierno del Presidente Balaguer durante los "doce años" (1966-1972). Información suministrada, en una conversación informal, por Pedro Juan del Rosario.

⁴⁶ San Miguel, "El Estado y el campesinado...", *op. cit.*

⁴⁷ Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*, pp. 108 y sigs.; Cassá, *Los doce años*; y Otto Fernández Reyes, *Ideologías agrarias y lucha social en la República Dominicana, 1961-1980*. Buenos Aires, 1986.

productores cuya finalidad principal era canalizar la asistencia estatal hacia el campesinado.⁴⁸ De tal forma, el Estado lograba instaurar su hegemonía sobre el campesinado.

Aunque no cuestionaban el orden imperante, tales organizaciones campesinas fueron importantes instrumentos de lo que Blanca Rubio ha denominado, refiriéndose al campesinado mexicano, "la lucha de los productores por sus ingresos".⁴⁹ Históricamente, dos de los problemas cruciales de los campesinos han sido el control de las cosechas por los intermediarios y el financiamiento de la producción. Como suele ocurrir en sociedades agrarias, ambos aspectos están directamente relacionados ya que la escasez de recursos económicos y las limitaciones del crédito rural obligan a los productores a endeudarse para poder cultivar. A través del endeudamiento, los prestamistas logran acaparar las cosechas, obteniendo pingües ganancias con su comercialización.⁵⁰ Por lo tanto, para el campesino que produce para el mercado —que es el que requiere más financiamiento—, la lucha contra el intermediario y/o el prestamista ha sido un puntal en sus esfuerzos por retener una mayor proporción de los ingresos que genera. El Estado ha sido uno de los "aliados" a los que ha recurrido el cosechero de productos comerciales, sobre todo el campesino tabacalero, el caficultor y el cacaotalero. En ocasiones, las grandes firmas elaboradoras y exportadoras han hecho causa común con los campesinos en la lucha contra la erradicación de determinado tipo de intermediario.⁵¹ Esta alianza tácita entre los agricultores y los comerciantes ha propiciado las gestiones de los cosecheros por obtener recursos y servicios estatales.

La capacidad de los campesinos en obtener el favor estatal ha dependido de varios factores. En primer lugar, hay que tomar en consideración las características de las diversas economías regionales. En las principales zonas productoras de tabaco de Santiago (Villa González, por ejemplo), donde el campesinado ha contado con una relativa estabilidad económica, las agencias gubernamentales han estado más prestas a conceder créditos, asesoría e insumos a los coseche-

⁴⁸ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., pp. 134-140.

⁴⁹ Blanca Rubio, *Resistencia campesina y explotación rural en México*, México, 1987, pp. 90-127.

⁵⁰ "Comercio. Intermediarios: hez social", en *Ahora*, vi, núm. 174, 13 de marzo de 1967, p. 7; "Agricultura. Los intermediarios explotan al pequeño productor", en *Ahora*, x, núm. 399, 5 de julio, 1971, pp. 4-5. Además San Miguel, *Los campesinos del Cibao*, op. cit.; Baud, *Peasants and Tobacco*; Fernando I. Ferrán, *Tabaco y sociedad: La organización del poder en el ecomercado de tabaco dominicano*, Santo Domingo, 1976; Kenneth Evan Sharpe, *Peasant Politics: Struggle in a Dominican Village*, Baltimore, 1977; Walter Cordero et al., *Tendencias de la economía cafetalera dominicana, 1955-1972*, Santo Domingo, 1975; y Adriano Sánchez Roa, *Los dueños del café: 30 años de economía cafetalera*, Santo Domingo, 1990.

⁵¹ San Miguel, *Los campesinos del Cibao*, op. cit.; y Ferrán, *Tabaco y sociedad*.

ros.⁵² Pero aun en áreas como ésta, la asistencia estatal se ha logrado en virtud de las luchas que han generado los cosecheros. La mayoría de las veces, los cosecheros han obtenido el apoyo estatal a partir de organizaciones de productores que han realizado numerosas gestiones ante los organismos oficiales. Una de los cientos de organizaciones de este tipo lo representa la Asociación Secundino García, de Palmar, Villa González. La misma fue fundada en los años setenta por poco más de una docena de cosecheros de tabaco, entre los que había tanto pequeños propietarios como arrendatarios de tierra. Desde su fundación, los propósitos de la asociación han sido facilitar la obtención de crédito a sus miembros y vender las hojas de tabaco directamente a las casas comerciales, evitando de tal forma lo que Rubén Toribio ha llamado "el yugo" de los intermediarios.⁵³

En ocasiones, las asociaciones de productores han tenido un impacto más allá del espacio estrictamente económico, irradiando a la totalidad de la comunidad. Por ejemplo, uno de los reclamos históricos de las comunidades rurales ha sido la construcción y mantenimiento de los caminos vecinales.⁵⁴ Para los campesinos, los caminos son el medio de hacer llegar sus frutos a los mercados urbanos; también facilitan el transporte de bienes de consumo hacia las áreas rurales, al igual que el trasiego de las personas. Con el comercio y el transporte llegan los maestros y las maestras para las escuelas rurales, así como otros servicios estatales que de otra forma estarían ausentes en las comunidades rurales. Y así ha sido, en efecto, para aquellas que no han logrado agenciarse la atención estatal. La prensa a partir de los años sesenta contiene cientos de solicitudes de comunidades rurales pidiendo al gobierno la construcción de caminos, escuelas y dispensarios médicos, entre otros. En consecuencia, en algunas de las zonas más aisladas y marginadas, donde los servicios estatales eran escasos y donde las actividades económicas de los campesinos carecían de dinamismo, el campesinado ha intentado obtener un mayor apoyo institucional. Al menos en tal dirección se dirigieron los esfuerzos de la comunidad de Barreras, localizada en la Provincia de Azúa, en el suroeste de la República Dominicana.⁵⁵ Barreras carecía de la infraestructura necesaria para desarrollar una economía

⁵² Sobre Villa González, ver Michiel Baud, "La gente del tabaco: Villa González en el siglo veinte", en *Ciencia y Sociedad*, IX, núm. 1, 1984, pp. 101-137.

⁵³ Entrevista a Rubén Toribio, Palmar, Villa González, 6 de enero de 1994. Toribio es el Presidente de esta Asociación desde su fundación. Similares propósitos han tenido la mayoría de las organizaciones de productores. Ver "Objetivos de la Asociación de Cosecheros de Tabaco del Cibao" [Espacio pagado], en *El Caribe*, XXIV, núm. 8089, 8 de febrero de 1972, p. 7.

⁵⁴ San Miguel, "El Estado y el campesinado", *op. cit.*

⁵⁵ Víctor Ávila Suero, *Barreras: estudio etnográfico de una comunidad rural dominicana*, Santo Domingo, s/f.

comercial estable. Especialmente, la escasez de agua limitaba las capacidades productivas de la zona. Por lo tanto, los miembros de la comunidad reclamaron del gobierno el establecimiento de un sistema de riego que permitiese aumentar la producción agrícola. En otras palabras, las gestiones de los habitantes de esta comunidad rural se han dirigido, no a combatir al Estado, sino a ganar su favor. En tal medida, han tenido que competir con otros sectores, tanto directa como indirectamente, por los beneficios estatales. A veces, el obtener el favor estatal tomaba lustros. Así ocurrió a la Asociación Agrícola Las Bateas, en Estebanía, Azúa, la que desde 1962 solicitó ayuda para perforar un pozo. No fue sino hasta 1970, tras "una lucha con la burocracia de todos los gobiernos", que los habitantes de esta sección lograron dicho apoyo.⁵⁶

La "lucha con la burocracia" es uno de los mayores obstáculos que han enfrentado los campesinos dominicanos. A pesar de contar con organismos dirigidos a solventar los conflictos y problemas del agro, el Estado dominicano se ha caracterizado, hasta el presente, por un enorme grado de clientelismo. En buena medida, este rasgo del aparato estatal es un legado de los esquemas de poder imperantes durante el Trujillato.⁵⁷ En todo caso, el clientelismo tiene raíces muy profundas, entre ellas la corrupción y la venta de influencias. También se origina en el uso del mismo como un medio para ganar apoyo político entre los sectores de la población favorecidos por aquellos que tienen acceso al poder. Por tal razón, los campesinos, al igual que otros sectores de la sociedad, han recurrido a las relaciones clientelistas para ganar el favor estatal. Dado el centralismo que distingue al sistema político dominicano, la misma presidencia de la República ha sido la más importante de las instituciones estatales a la que han intentado lograr acceso los grupos campesinos. Campesinos de todo el país se han dirigido al Presidente a través de cartas, comisiones, por medio de la prensa o por intermediarios para solicitar su apoyo. En octubre de 1970, un grupo de "agricultores" del municipio de Vicente Noble escribió una carta al presidente Joaquín Balaguer pidiéndole la reparación de un camino.⁵⁸ Otras veces, los campesinos solicitaban la intervención del presidente con el fin de rehacer lo que consideraban una acción incorrecta o injusta de algún funcionario

⁵⁶ "Tras 8 años de esfuerzos obtienen agua de un pozo. Hacen feraz tierra árida de proyecto", en *El Caribe*, xxiii, núm. 7590, 29 de mayo de 1970, pp. 1 y 12.

⁵⁷ Para análisis sobre el Estado dominicano, ver Cassá, *Capitalismo y dictadura: los doce años*; Ramonina Brea, *Ensayo sobre la formación del Estado capitalista en la República Dominicana y Haití*, Santo Domingo, 1983; Carlos Julio Báez Evertsz y Otto Fernández, "Estado y partidos políticos en la República Dominicana (1961-1978)", en *Realidad Contemporánea*, vi, núm. 16-17, *sf.*, pp. 73-127; y Wilfredo Lozano, *El reformismo dependiente (Estado, clases sociales y acumulación de capital en República Dominicana: 1966-1978)*, Santo Domingo, 1985.

⁵⁸ "Piden reparar camino vecinal", en *El Caribe*, xxiii, núm. 7684, 21 de octubre de 1970, p. 8.

u organismo estatal. Por ejemplo, en febrero de 1972, varios caficultores de Enriquillo, provincia de Barahona, pidieron a Balaguer que evitara que el Banco Agrícola continuara cobrándoles "de manera compulsiva". De acuerdo a ellos, sus plantaciones de café habían sufrido "grandes daños" durante el huracán Inés, en 1966. En consecuencia, se encontraban "arruinados", lo que imposibilitaba su cumplimiento con el Banco.⁵⁹

Como sugieren algunos de los ejemplos mencionados, una de las razones principales por las cuales los campesinos han recurrido a la mediación del Estado es su debilidad frente a los comerciantes, los intermediarios y los prestamistas. Para enfrentar su poder, los cosecheros han tratado de crear cooperativas con el fin de garantizar a sus miembros el crédito y la comercialización. Por la naturaleza misma de tales empresas, los campesinos han tenido que agenciarse el apoyo estatal. En su "lucha por los ingresos", el campesino dominicano ha visto al Estado como un aliado, más que como un enemigo. Pero el apoyo estatal no les ha llegado como un maná. Por el contrario, la obtención de la asistencia estatal ha sido un elemento central de las luchas campesinas durante las últimas décadas. No obstante, los intentos del campesinado por ampliar su participación en los recursos del Estado es una dimensión de sus luchas que, por no cuestionar abiertamente el orden establecido, ha sido minimizada por algunos estudios. Este es, sin embargo, un aspecto fundamental para comprender las complejas relaciones de los sectores rurales con los grupos de poder y, en consecuencia, para entender más cabalmente las luchas políticas durante las últimas décadas.

De la lucha por los recursos a la defensa del ambiente

Uno de los rasgos distintivos de la historia económica dominicana en el presente siglo ha sido la creciente comercialización de los recursos naturales. Los bosques han sido objeto de una enorme depredación como resultado de la demanda de maderas. Igualmente, la expansión de la agricultura comercial ha exigido un uso mucho más intenso de la tierra y de las aguas. Tanto en un caso como en el otro, se ha generado una lucha por tales recursos. Usualmente, la misma ha enfrentado a los empresarios y grandes propietarios, por un lado, y a los campesinos y pequeños productores, por el otro.

Los conflictos por el control de los bosques comenzaron a manifestarse en el siglo XIX. Por siglos, los campesinos dominicanos habían hecho uso de los árboles para la construcción de sus viviendas y útiles domésticos; igualmente, usaban los árboles para elaborar carbón. En la primera mitad del siglo XIX, la

⁵⁹ "Alegan Banco les cobra de manera compulsiva", en *El Caribe*, xxiv, núm. 8090, 9 de febrero de 1972, p. 8.

demanda de maderas en los mercados europeos conllevó la expansión de la industria maderera y, en consecuencia, la tala de árboles en gran escala.⁶⁰ Los campesinos participaron de los "cortes" de diversas formas, entre ellas: 1) como trabajadores en los grupos de leñeros contratados por los comerciantes y empresarios; 2) tumbando y vendiendo árboles de forma independiente, y 3) a través del desmonte con el fin de establecer conucos o de suplir las necesidades de leña de sus familias. En cualquiera de estas formas, el campesino contribuyó a la depredación de los recursos forestales de la República Dominicana. Ya desde el siglo pasado se iniciaron los esfuerzos por contener la deforestación del país. Por supuesto, las ideologías dominantes han obviado el papel de los sectores empresariales en la destrucción de los bosques, haciendo aparecer al campesinado como el principal responsable de la deforestación del país.

Aunque desde fines del siglo XIX se comenzó a legislar para proteger los bosques, no fue hasta la década de los cuarenta de este siglo cuando se fortalecieron las medidas encaminadas a evitar la deforestación y sus consecuencias más negativas, como el agotamiento de los recursos hidráulicos.⁶¹ Esta legislación, a pesar de fundarse en un propósito loable, ha afectado de manera sensible ciertas actividades económicas y estrategias de supervivencia del campesinado dominicano, sobre todo de sus sectores más pobres y marginales. Por ejemplo, históricamente, el campesino ha recurrido a la quema de la vegetación como un medio de desmontar la tierra para establecer conucos, es decir, áreas de cultivo.⁶² No obstante, el Estado ha criminalizado la "quema" de los bosques para el desarrollo de actividades agrícolas. Para miles de campesinos, la legislación protegiendo los bosques implicó la pérdida de sus posibilidades de obtener tierras para el cultivo. Así, en 1970 un grupo de campesinos de la Provincia de Santiago se quejó por carecer de tierras para cultivar. Según ellos, por vivir en la "zona vedada" del Parque Nacional J. Armando Bermúdez, hacia más de ocho años que no se les permitía "hacer conucos". Durante ese tiempo, habían esperado en vano que el gobierno les ofreciese tierras propias para la agricultura.⁶³ Igualmente, se ha perseguido la "tumba" de árboles con el fin de

⁶⁰ Hay información al respecto en: San Miguel, *Los campesinos del Cibao, op. cit.*; y Jacqueline Boin y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)*, Santo Domingo, 2 vols., 1981.

⁶¹ Julio G. Olivo Veras, "Situación legal en torno al problema forestal"; e "Índice cronológico de la legislación sobre asuntos en la República Dominicana", en *Foresta: alternativa de desarrollo*, Santiago, 1984, pp. 59-75 y 77-87.

⁶² Robert W. Werge, "La agricultura de 'tumba y quema' en la República Dominicana", en *Eme-Eme*, III, núm. 13, 1974, pp. 47-56.

⁶³ "Expondrán a Presidente problema falta de tierra", en *El Caribe*, xxii, núm. 7480, 21 de enero de 1972, p. 20.

hacer carbón, el principal combustible del campesinado, o con el propósito de aprovecharse de la madera. Así, en febrero de 1960, tres hombres fueron condenados a un mes de prisión y a pagar RD\$25.00 de multa por tumar árboles sin el correspondiente permiso. En otro caso, en octubre de 1970, fueron arrestadas 27 personas en Neiba por el mismo delito.⁶⁴

De por sí, estas leyes y reglamentos han incidido negativamente sobre el campesinado. Además, las mismas han sido aplicadas de forma arbitraria, aumentando, por lo tanto, las penurias de los grupos campesinos. Entre otras cosas, los funcionarios y organismos militares encargados de velar por los bosques han usado sus poderes para extorsionar a los campesinos. En Limón del Yuna, a principios de los años setenta, los campesinos denunciaron a un oficial del Ejército Nacional que cobraba por condonar el corte ilegal de árboles. Como represalia por la denuncia, el oficial persiguió e incluso torturó a decenas de campesinos. Uno de ellos, Esquirino Núñez, tuvo que huir a la capital con sus 10 hijos al ser amenazado de muerte por el oficial. Núñez denunció las arbitrariedades del militar en un importante rotativo. Ante la denuncia, la jefatura del ejército ordenó una investigación al respecto.⁶⁵ Ejemplos como éste ilustran, en primer lugar, los esfuerzos de los campesinos por retener el uso de los recursos forestales; y en segundo lugar, sus luchas por evitar los atropellos y las extorsiones a que han sido sometidos para poder disfrutar de tales recursos.

En las últimas décadas han aumentado los conflictos por el control de los recursos naturales. Estos conflictos han sido particularmente intensos en aquellas áreas donde los sectores empresariales y el Estado han emprendido proyectos de gran envergadura. Tal ha sido el caso de la construcción de presas con el propósito de generar energía eléctrica, y el de las explotaciones mineras. La construcción de presas hidroeléctricas tomó impulso hacia fines de la década de los sesenta. El fin de las mismas ha sido contribuir a la modernización de la infraestructura económica del país, de manera que se pueda impulsar la industrialización y el fortalecimiento de las áreas urbanas. Y, nuevamente, el campesinado ha pagado un costo muy alto por la modernización del país. Comunidades enteras fueron desalojadas con el fin de usar dichos terrenos para los embalses. El poblado de Valdesia, en el municipio sureño de Baní, fue una de las zonas rurales cubiertas por las aguas. Para colmo de males, los habitantes de la región —en su mayoría campesinos— se quejaron de que sus propiedades

⁶⁴ "Condenan labriegos por tumba árboles", en *El Caribe*, xii, núm. 4310, 12 de febrero de 1960, p. 3; y "Someten acusados de tumar árboles", en *El Caribe*, xxiii, núm. 7685, 22 de octubre de 1970, p. 13.

⁶⁵ "Huye de Limón del Yuna ante amenaza de oficial", en *El Caribe*, xxiv, núm. 8127, 23 de marzo de 1972, pp. 1 y 14; y "Ordena traslado oficial acusado arbitrariedades", en *El Caribe*, xxiv, núm. 8128, 24 de marzo de 1972, pp. 1 y 14.

fueron tasadas arbitrariamente, y que el dinero que obtendrían como compensación no cubría el valor real de sus propiedades. Carlita Ruiz viuda de Lugo se quejó de que los 248 pesos en que fue tasado su "ranchito" no le permitiría realojarse en otro lugar. Por su parte, Octavio Villar, de 80 años, rechazó los 237 pesos que le ofrecieron por sus 55 tareas de tierra. De acuerdo a Villar, había otros que estaban en peor situación que él. Mencionó como ejemplo el caso de varios "cuidadores" de grandes fincas, quienes no tenían tierra propia pero que habían desarrollado "pequeños cultivos de subsistencia" y construido viviendas, "con sus propios recursos", en las tierras que trabajaban. No obstante, debido a que los tasadores trataron solamente con los dueños de tierras, "hasta ahora no se sabe qué podrá ser de esa gente".⁶⁶

Proyectos de tal magnitud han desarticulado decenas de comunidades. En Valdesia, muchas de las familias que no fueron desalojadas quedaron aisladas al quedar cubiertas por las aguas las vías de comunicación que usaban para llegar a los mercados y a los centros urbanos. Inclusive, se afectaron algunas de las principales zonas productoras de café, el más importante cultivo comercial en Bani.⁶⁷

Los campesinos han recurrido a la denuncia pública de aquellas medidas que han socavado sus bases materiales. También se han organizado con el fin de lograr mayor efectividad en sus reclamos y en sus gestiones ante las agencias estatales. En el municipio de Cotuí, los planes del gobierno de construir una presa en la sección de Hatillo llevaron a los habitantes de ésta y de secciones aledañas a organizarse con el fin de garantizar que se les pagase justamente y que las personas desalojadas recibieran tierras en otras partes. Aún así, las primeras familias desalojadas recibieron tierras marginales, donde no era posible subsistir a base de la agricultura familiar.⁶⁸

Como vimos previamente, en muchas áreas, la "lucha por el agua" ha conllevado, más que nada, la búsqueda del apoyo estatal. Pero en otras zonas, la "lucha por el agua" ha sido, en realidad, un intenso conflicto social; esto es así especialmente en aquellas áreas donde los campesinos han tenido que competir con los grandes productores por el uso de la misma. En tales zonas, el Estado no ha sido un mero "dador de servicios"; ha sido un aliado o un enemigo en la lucha por el control del agua. Por ejemplo, en las áreas donde predomina el cultivo del arroz, las luchas sociales se han centrado, en buena medida, en torno al control del agua, fundamental para la producción de dicho

⁶⁶ "Familias quejarse forma tasan propiedad Valdesia", en *El Caribe*, xxiv, núm. 7969, 21 de septiembre de 1971, pp. 1-15.

⁶⁷ "Aguas de represa aislarán zona productora de café. Señalan única vía posible", en *El Caribe*, xxiv, núm. 7969, 21 de septiembre de 1971, p. 20.

⁶⁸ "Entrevista a Bienvenido Reyes", *Cotuí*, Iro. de diciembre de 1993.

grano.⁶⁹ En las zonas donde existen obras de riego construidas por el Estado, el uso de las mismas y del agua son reguladas por el Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos (INDRHI). No obstante, los pequeños productores han hecho numerosas denuncias sobre las deficiencias en el manejo de las aguas; entre otras cosas, se quejan del control que ejercen los grandes propietarios sobre el agua. De acuerdo al Movimiento Campesino Independiente (MCI), para principios de la década de los ochenta, el 64 por ciento de las tierras irrigadas eran poseídas por apenas el 9 por ciento de los usuarios. Para colmo, usualmente, "el gran productor controla las compuertas del canal y no deja pasar el agua a los pequeños productores, especialmente en periodo de sequía".⁷⁰ La falta de mantenimiento, al igual que el indebido manejo de los fondos destinados a tales fines –que en ocasiones sugieren esquemas de corrupción– han formado, también, parte sustancial de los reclamos de los grupos campesinos.⁷¹

La lucha por el agua no es sino un ejemplo de los conflictos en torno a la disponibilidad de los recursos productivos en la ruralia dominicana. En las pasadas décadas, esta lucha ha adquirido mayor algidez debido al desarrollo de actividades económicas que conllevan una tecnología altamente nociva al medio ambiente. Entre éstas se destacan las actividades mineras, representadas en la República Dominicana por las empresas Rosario, en el municipio de Cotuí, y la Falconbridge, en Bonao. Desde el inicio de sus operaciones, a principios de la década de los setenta, comenzaron a sentirse los estragos de la Rosario Mining sobre la ecología de la región. Los efectos nocivos de la compañía minera se sintieron sobre todo en las secciones de Pueblo Viejo y Los Cacaos. Los cuerpos de agua de la zona fueron contaminados con los desechos de la empresa. La vegetación también sufrió los estragos de la contaminación. Según testimonios recogidos por el periodista Félix S. Ducoudray en los años setenta, en las zonas aledañas a la Rosario "los mangos no florecen y el cacao se pone negro".⁷²

⁶⁹ Inoa, *Estado y campesinos*, *op. cit.*; y Genaro Rodríguez, "Estructura agraria y desarrollo social en Mao", en *Estudios Sociales*, xvii, núm. 57, 1984, pp. 67-72.

⁷⁰ Movimiento Campesino Independiente (MCI), "Agricultura y movimientos campesinos. La penetración del capitalismo al campo dominicano y las luchas campesinas", *Encuentro de Trabajo CEDAL*, Francia, 1983, p. 10.

⁷¹ CNC, "Por la tierra...", *op. cit.*, p. 11.

⁷² Félix S. Ducoudray, hijo, "El oro de la Rosario convierte la región en zona de desastre: los mangos no florecen y el cacao se pone negro", en *Ahora*, xv, núm. 667, 23 de agosto de 1976, pp. 15-18. Este artículo forma parte de una serie publicada en esta revista en los siguientes números: 666, 16 de agosto de 1976, pp. 18-22; 668, 30 de agosto de 1976, pp. 20-24; 669, 6 de septiembre de 1976, pp. 20-23; y 670, 13 de septiembre de 1976, pp. 17-21.

Desde mediados de los años setenta, las comunidades afectadas por la contaminación desataron una serie de reclamos y protestas contra la Rosario Mining (luego Rosario Dominicana). Entre otras cosas, han reclamado que las familias desalojadas de los terrenos ocupados por la compañía fuesen recompensadas adecuadamente y que se les reubicase en tierras apropiadas. En segundo lugar, han exigido que la compañía tome medidas para prevenir la contaminación. No obstante, la renuencia de las autoridades gubernamentales y de la compañía a cumplir con tales reclamos ha incitado a los grupos afectados a realizar movilizaciones, marchas, protestas y huelgas. En ocasiones, las protestas contra la Rosario, organizadas por grupos rurales, han logrado aglutinar a sectores amplios de la población de Cotuí. Obreros, comerciantes, estudiantes, profesionales y amas de casa se han sumado a las mismas. Tales instancias demuestran, en primer lugar, que las organizaciones campesinas son capaces de plantear reivindicaciones que pueden concitar el apoyo de diversas capas sociales; y, en segundo lugar, que los reclamos comunitarios tienen un enorme potencial movilizador. En varias ocasiones, la atención nacional se ha volcado hacia las comunidades de Cotuí y Bonao, movilizadas contra las empresas mineras que han afectado el ambiente.⁷³ Estas luchas contra la destrucción y la contaminación producidas por las empresas mineras han pasado a formar parte de la cultura popular. Hay hasta décimas que realizan denuncias contra las mismas y que recogen las reivindicaciones de los sectores campesinos afectadas por ellas.⁷⁴

Entre la reforma agraria oficial y el agrarismo campesino: la lucha por la tierra

A pesar de la diversidad de reclamos y reivindicaciones enarboladas por los sectores campesinos de la República Dominicana, ninguno ha sido tan debatido ni ha levantado tanta polvareda como la lucha por la tierra. El "problema agrario" constituye, sin lugar a dudas, la cuestión de mayor relevancia en las luchas campesinas durante las últimas décadas. Por cuestionar las relaciones económi-

⁷³ Entrevistas a Leoncia Ramos, Secretaria de Finanzas de la Unión de Federaciones Campesinas de la Provincia Sánchez Ramírez, Cotuí, Iro. de diciembre de 1993; y a Simeón "Papa" Robles, presidente de dicha Unión, Cotuí, 25 de febrero de 1994. Ver también: Amparo Chantada, *Medio ambiente, crisis del modelo de desarrollo y soberanía nacional*, Santo Domingo, 1992, pp. 143-159.

⁷⁴ Ver como ejemplos las décimas con el "pie forzado" "Vale la pena luchar" de Manuel Antigua Cruz, de Loma de los Camacho, Cotuí; y la de Julián Morillo, de Bonao. Ambas décimas aparecen en: *Decimero*, RSM, s/l. Esta es una recopilación de las décimas ganadoras del concurso anual de este género auspiciado por Radio Santa María, estación de la Iglesia Católica, ubicada en La Vega.

cas y sociales predominantes en el agro dominicano, para algunos sectores políticos, la lucha por la tierra ha representado un cuestionamiento de la totalidad del orden político-social del país. Igualmente, se considera que la lucha por la distribución de la tierra ha puesto a prueba los límites del Estado dominicano.⁷⁵

Hay claros indicios de que durante la década de los sesenta aumentaron las tensiones sociales en torno a la posesión del suelo. Aunque desde inicios de la década habían ocurrido diversas ocupaciones de tierras por parte de grupos campesinos, tales movimientos aumentaron para fines de la década. Igualmente, los campesinos comenzaron a expresar de forma más evidente su descontento con las gestiones oficiales para solucionar los reclamos por la tierra. Usando a funcionarios del gobierno como voceros, los campesinos expresaban su anhelo de poseer tierra, al igual que su descontento con las gestiones oficiales por solucionar sus problemas económicos.⁷⁶ Ante la lentitud del IAD y de otros organismos oficiales, grupos campesinos de diversas regiones del país se lanzaron con mayor empeño, a fines de la década de los sesenta, a realizar su propia reforma agraria. Hasta entonces, el escaso número de ocupaciones de tierras por parte de los campesinos fue producto del clima de persecución y represión que se vivía en esos años. Además, las pocas asociaciones existentes carecían de autonomía, siendo controladas por agencias gubernamentales o por la Iglesia Católica. Y, a pesar de tales limitaciones, a finales de los años sesenta se incrementó la intensidad de la lucha por la tierra. En los años subsiguientes, las invasiones de tierras se convirtieron en uno de los principales instrumentos de lucha del campesinado dominicano.⁷⁷

Los reclamos del campesinado por la tierra, aunado a la explosiva situación política del país bajo la presidencia de Joaquín Balaguer (1966-1978), llevó al gobierno a adoptar medidas para prevenir una conflagración social. En 1972,

⁷⁵ Como muestras, ver Mariñez, *Resistencia campesina...*, *op. cit.*; Bienvenido Brito, "Reforma agraria: lo que es y lo que no es", en *Ahora*, VIII, núm. 278, 10 de marzo de 1969, pp. 26-28; Narciso Isa Conde, "El drama del campo dominicano: soluciones necesarias", en *Ahora*, VIII, núm. 294, 30 de junio de 1969, pp. 20-23; Fernando de Arango, SJ, "Las leyes agrarias: 'test' de la sociedad dominicana", en *Ahora*, XI, núm. 464, 2 de octubre de 1972, pp. 56-57; F.S. Ducoudray, hijo, "¿Puede reformarse el agro sin reformar el Estado?", en *Ahora*, XII, núm. 500, 11 de junio de 1973, pp. 32J-32L; Isis Duarte, "Dominación social en la República Dominicana y leyes agrarias de 1972", en *Ahora*, XII, núm. 532, 21 de enero de 1974, pp. 6-12; y núm. 533, 28 de enero de 1974, pp. 54-62; Carlos Dore y Cabral, *Problemas de la estructura agraria dominicana*, Santo Domingo, 2ª edición, 1982; y *Reforma agraria y luchas sociales en la República Dominicana, 1966-1978*, Santo Domingo, 1981.

⁷⁶ "Reclama asentamientos campesinos en Jarabacoa", en *El Caribe*, XXII, núm. 7487, 29 de enero de 1970.

⁷⁷ Noris Eusebio Pol, "Las ocupaciones de tierras en la República Dominicana", en *Ciencia y Sociedad*, VII, núm. 2, 1982, pp. 160-179; y Carlos Dore y Noris Eusebio, "El movimiento campesino dominicano", en Gérard Pierre-Charles (ed.), *Los movimientos sociales en el Caribe*, Santo Domingo, 1987, pp. 253-276.

el presidente Balaguer, con su característico sentido escenográfico, anunció a la nación una serie de leyes destinadas a realizar una redistribución de la propiedad agraria. Y aunque el propósito de las mismas era contener al campesinado, lo cierto es que las leyes agrarias incentivaron a los campesinos a ocupar las tierras. En su enfrentamiento con los terratenientes, los campesinos adoptaron varias estrategias, entre ellas las invasiones de tierras. Estas ocupaciones eran acompañadas, generalmente, por denuncias sobre la ilegalidad de la propiedad de los terratenientes. La Comisión de Recuperación de Tierras del Estado (CRTE), creada a raíz de la aprobación de las leyes agrarias, sirvió de foro para que los campesinos airearan sus querellas.⁷⁸ Por ejemplo, en septiembre de 1972, fueron arrestados 64 campesinos por "ocupar diversos terrenos privados". Uno de los acusados, Faustino Rijo, secretario de la Asociación de Agricultores de Jobo Dulce, había sido apresado previamente por invadir la propiedad de la familia Morales, "alegando que las tierras [eran] del Estado".⁷⁹

Con frecuencia, la memoria campesina sobre los despojos sufridos se remontaba a varias décadas atrás. En la sección rural de Los Plátanos, municipio de El Seibo, los campesinos de la zona recordaban cuando se hizo una repartición de tierras en 1934, ordenada por Trujillo, por "un Mayor del Ejército Nacional". Según Regino Mejía, un septuagenario que fue uno de los "asentados" en esa fecha, la distribución se realizó "con el índice, diciéndole a uno póngase ahí"; es decir, no se midió el terreno repartido. Posteriormente, continúa Mejía, otro militar, el Capitán Jacinto Martínez Arana, "trancó y echó reses y se declaró dueño de todo este territorio". A algunos de los ocupantes, Martínez Arana "les dio unos chelitos" por sus tierras, pero "a otros no les dio, porque él tenía la fuerza".⁸⁰ La función de tales recuentos era restar legitimidad a los reclamos de los que detentaban las propiedades, sugiriendo que la posesión de las mismas se originaba, a su vez, en un acto ilegítimo contra el Estado o en un despojo contra los campesinos.

Durante las décadas de los setenta y los ochenta, los reclamos del campesinado respecto de la tierra se han concentrado en una serie de demandas, resumidas por Adalberto Grullón de la siguiente manera:⁸¹

- a) entrega a los campesinos de las tierras baldías en manos privadas;

⁷⁸ Mariñez, *Resistencia campesina...*, op. cit., p. 23.

⁷⁹ Lo siguiente está basado en: "La policía arresta grupo labriegos", en *El Caribe*, xxv, núm. 8286, 26 de septiembre de 1972, pp. 1 y 13.

⁸⁰ "Replantean problemas ocupaciones", en *El Caribe*, xxv, núm. 8283, 22 de septiembre de 1972, pp. 1 y 12.

⁸¹ Adalberto Grullón, "1985: balance de las luchas rurales", en *Revista CTPAE*, núm. 32, 1985, pp. 12-20.

b) rescate de las tierras del Estado ocupadas ilegalmente por particulares para ser destinadas a la reforma agraria;

c) traspaso de las tierras baldías del Consejo Estatal del Azúcar (CEA) a la reforma agraria;

d) plena aplicación de las leyes agrarias, las que "limitan el latifundio [y] prohíben la aparcería", además de asignar "una parte de las tierras irrigadas con aguas estatales a los programas de reforma agraria";

e) en aquellos momentos en que la reforma agraria ha sido soslayada por el gobierno, los campesinos han exigido su reactivación, al igual que la "rehabilitación de los proyectos" auspiciados por el IAD;

f) concesión de títulos de propiedad a los campesinos que carecen del mismo;

g) fin a los desalojos de los campesinos por parte de los terratenientes y empresarios;

h) reconocimiento del derecho de las mujeres campesinas a participar de los proyectos de reforma agraria estatales.

Este breve listado sugiere, entre otras cosas, que la lucha por la tierra se ha diversificado y que su contenido ha variado dependiendo de las peculiaridades de cada zona. Por ejemplo, en las regiones donde el IAD realizó asentamientos como parte de la reforma agraria, las demandas campesinas se orientaron a obtener el apoyo de las agencias gubernamentales. En casos extremos, cuando el IAD ha dejado de cumplir plenamente sus funciones, los campesinos "reformados" han denunciado tal situación.⁸²

También han existido diferencias originadas en las relaciones entre terratenientes y campesinos prevalecientes en las diversas regiones. En las áreas de grandes latifundios, la inmensa mayoría de los habitantes de la ruralia eran campesinos sin tierra; en el mejor de los casos, ocupaban tierras marginales y, ocasionalmente, laboraban en los latifundios circundantes. De acuerdo al testimonio de un campesino de Sabana de Nisibón, municipio de Miches, en dicha sección rural los terratenientes no habían dejado tierra "ni para una letrina".⁸³ La presencia de los campesinos sin tierra ha sido más palpable en lugares donde se han establecido agro-industrias de capital extranjero, cuya concentración de la propiedad territorial ha alcanzado niveles extraordinarios.⁸⁴ En tales zonas, la lucha de los campesinos se ha orientado a obtener acceso a las tierras de los latifundios. En algunas regiones de la República Dominicana, la lucha campesina

⁸² CNC, "Por la tierra...", *op. cit.*, p. 11; ARM, "Informe sobre la situación de la reforma agraria" sometido por la CNC a la Comisión Especial del Senado de la República, 19 de abril de 1992.

⁸³ Antonio Gil, "Acaparan tierras en región Este", en *El Caribe*, xxv, núm. 8273, 11 de septiembre de 1972, pp. 1 y 14.

⁸⁴ ARM, "La penetración del capitalismo", pp. 17-21.

por la tierra adquirió proporciones épicas. En el Este del país, zona donde predomina el latifundio, los campesinos tuvieron que enfrentar la doble oposición de las enormes plantaciones azucareras –sobre todo de la poderosa Central Romana, propiedad de la Gulf and Western– y de los tradicionales terratenientes criollos dedicados a la ganadería.⁸⁵

En otras regiones, las relaciones entre campesinos y propietarios estaban matizadas por la existencia de la aparcería. Tal era el caso, a principios de la década de los setenta, de Villa González, en la Provincia de Santiago. Allí existía un campesinado pequeño y mediano dedicado al tabaco, pero también había un reducido número de grandes propietarios que obtenían mano de obra del campesinado a través de la aparcería. Aunque estos aparceros tenían acceso a la tierra en virtud de sus relaciones con los terratenientes, lo cierto es que muchos de ellos aspiraban a tener tierra propia. A diferencia del caso anterior, estos campesinos podían esgrimir a su favor el hecho de que, gracias al sistema de la aparcería, venían ocupando y trabajando esas tierras desde muchos años antes. Por lo tanto, sus reclamos estaban avalados por la posesión de hecho del suelo, a pesar de no constituir sus propietarios desde un sentido legal. Para los aparceros la lucha por la tierra adquirió el sentido de obtener el reconocimiento de derechos adquiridos gracias al trabajo de años.⁸⁶ Dado que sus relaciones con los propietarios comprendían vínculos personales y hasta familiares, amén de relaciones económicas, no siempre los aparceros estuvieron dispuestos a confrontar a los propietarios. No obstante, en el contexto de lucha por la tierra de principios de la década de los setenta, fueron muchos los aparceros que mostraron su disposición a reivindicar sus derechos sobre la tierra que trabajaban.

Conclusiones: lucha social y poder político

Las variadas manifestaciones que han asumido las luchas campesinas en la República Dominicana durante las últimas décadas han girado en torno a los reclamos del campesinado por mejorar sus condiciones de vida. Por tal razón, sus reivindicaciones han tenido un fuerte contenido económico. Sin embargo,

⁸⁵ "Higüey el 'Nordeste brasileño' en el Oriente dominicano", en *Ahora*, x, núm. 405, 16 de agosto de 1971, pp. 2-3; Dore y Cabral, *Problemas de la estructura agraria*, pp. 45-62; y José del Castillo, et al., *La Gulf and Western en República Dominicana*, Santo Domingo, 1974.

⁸⁶ "Pide declaren aparceros dueños terrenos ocupan. Afirma es feudal el actual sistema", por Félix A. Gómez, en *El Caribe*, xxiv, núm. 8115, 9 de marzo de 1972, pp. 1 y 17; "Niegan saquen labriegos", en *El Caribe*, xxv, núm. 8275, 13 de septiembre de 1972, pp. 1 y 10; y "Aparceros recibirán 20% de beneficios de cosecha", en *El Caribe*, xxv, núm. 8284, 23 de septiembre de 1972, p. 20.

no podemos soslayar las implicaciones políticas y sociales de sus luchas. Tampoco podemos obviar el fundamento cultural de las mismas.

Durante las últimas décadas, aunque se ha enfrascado en diversas luchas sociales, el campesinado dominicano no ha protagonizado una conflagración social de gran envergadura. Esta línea de acción no ha sido producto de un acuerdo concertado; más bien ha sido resultado de un saber particular, fundado en sus experiencias cotidianas y en su lucha por la supervivencia. En alguna medida, también fue producto de las concepciones campesinas sobre la justicia y el poder y de sus percepciones sobre su lugar en la sociedad y acerca del origen de sus males. Su estrategia de lucha se ha basado, fundamentalmente, en reclamar tierra, crédito, asistencia y servicios, una y otra vez. Gracias a esa obstinación, los campesinos consiguieron evitar la desposesión total como resultado de los cambios económicos que se dieron a partir de la década de los sesenta.

El campesinado dominicano no se propuso transformar las estructuras políticas y sociales del país al caer la tiranía trujillista. Pero debemos tener presente que tampoco fue esa la intención de la nobleza inglesa en el siglo XVII, como nos recuerda Barrington Moore, cuando reclamó más poderes a la corona. Después de todo, señala Moore, el resultado de los procesos históricos no tiene que coincidir con las intenciones originales de los actores sociales. En tal sentido, las luchas campesinas también han contribuido al surgimiento de formas de vida más abiertas y democráticas, aunque el campesinado ha pagado un precio muy alto –en vidas y en sufrimiento– por seguir tal estrategia.

Estudios recientes demuestran que los campesinos han desarrollado una visión propia de las realidades económico-sociales y políticas. Uno de los factores que más ha contribuido al surgimiento de esa visión autónoma han sido las luchas del campesinado por defender sus medios de vida y por retener sus peculiaridades sociales y culturales.⁸⁷ En la República Dominicana, los campesinos han desarrollado sus luchas tanto usando al Estado como un aliado como enfrentándose al mismo. El eventual apoyo estatal a sus reclamos ha obnubilado el hecho de que los sectores campesinos han desarrollado tales luchas a partir de sus propias percepciones culturales. Una de las vertientes de esta investigación es determinar cómo lo que podemos llamar "cultura campesina" ha contribuido a forjar los

⁸⁷ Entre otros, Scott, *Weapons of the Weak*; y *The Moral Economy*; Gavin Smith, *Livelihood and Resistance: Peasants and the Politics of Land in Perú*, Berkeley, 1991; John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, New York, 1970; Jeffrey L. Gould, *To Lead us Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*, Chapel Hill, 1990; Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, México, 2 vols., 1989; y Todd A. Diacon, *Millenarian Vision, Capitalist Reality: Brazil's Contestado Rebellion, 1912-1916*, Durham, 1991.

movimientos sociales en la ruralia dominicana.⁸⁸ Eventualmente espero mostrar que las acciones de los campesinos fueron resultado no sólo de sus realidades económicas inmediatas sino también de sus nociones sobre el poder, el orden, las relaciones sociales, la justicia y la historia, en particular, la historia de sus propias luchas.

⁸⁸ Ver Eric R. Wolf, *Peasants*, Englewood-Cliffs, NJ, 1966; y William Roseberry, "Los campesinos y el mundo", en Stuart Plattner (ed.), *Antropología económica*, México, 1991, pp. 154-176. La noción de una cultura popular basada en las luchas sociales debe mucho a los trabajos de E. P. Thompson, especialmente a su monumental *The Making of the English Working Class*, New York, 1966; y *Tradición, revuelta y consciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, 1979.